

“MI PAPÁ DICE QUE SOS RE BUENO”.

Placer, prestigio y afectos en el fútbol infantil

Federico Czesli

Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, Universidad de San Martín. Argentina

federicoczesli@gmail.com - <https://orcid.org/0009-0004-8201-2546>

Recibido: 5 de febrero 2024

Aceptado: 7 de mayo de 2024

Identificadores permanentes

ARK: <http://id.caicyt.gov.ar/ark:/s18535925/4vyzx7lw0>

DOI: <https://doi.org/10.62174/avatares.2024.9483>

|1|

Resumen: A partir de relatos de futbolistas juveniles sobre su ingreso a las escuelitas de fútbol infantil se reconstruyen las relaciones sociales que allí se establecen con el objetivo de describir cómo se construye el gusto por la práctica futbolística y cómo se desarrolla la influencia de esta institución sobre la formación de fantasías y la construcción de la aspiración de convertirse en futbolista profesional. El trabajo muestra que en ese espacio se produce una primera selección de talentos que deriva en el ingreso de los chicos a prácticas más competitivas, el establecimiento de redes de acompañamiento y promoción de la carrera y una organización familiar que posibilita la continuidad al proyecto deportivo. El estudio propone que esa trama, que se sostiene sobre tres grupos de actores –familia, entrenadores y “micromundo del club”– “etiqueta” a los aspirantes en posiciones de prestigio en el espacio local, y que a partir de dicha trama de relaciones los jugadores desarrollan un vínculo afectivo con el fútbol que se constituye en uno de los factores sobre los cuales los aspirantes sostienen sus carreras, incluso en edades de futbolista juvenil. En diálogo con las posiciones que plantean la carrera futbolística como un proceso de producción de futbolistas en el que la agencia de los juveniles es enajenada, el artículo procura, así, ponderar los factores que generan que los futbolistas perciban sus carreras a partir del deseo, del placer y de la aspiración personal.

Palabras clave: fútbol infantil, carrera, afecto, honor, deporte, agencia.

“MY DAD SAYS YOU PLAY VERY GOOD”.

Pleasure, prestige and affection in childrens’ soccer.

Abstract: Based on interviews with youth soccer players about their beginnings in soccer, the article reconstructs the relationships developed in children’s soccer academies. The research addresses the influences of this institution over the growth of

fantasies and the aspirations of becoming a professional soccer player. It is proposed that in the academies there is a selection of talents that results in the entry of boys to more competitive practices and tournaments, the establishment of support networks and family organization to give continuity to the sports project. Based on three groups of actors that become relevant –family, coaches and “academy microworld”– the boys are “labeled” in prestigious positions in the local space. In dialogue with the positions that present the soccer career as a process of production of soccer players in which the agency of youth is alienated, the article thus seeks to weigh the factors that generate soccer players perceiving their careers based on desire, of pleasure and personal aspiration.

Key words: children’s soccer, career, affection, honour, sports, agency.

Introducción

Entre 2019 y 2023 se realizó un trabajo etnográfico en las categorías juveniles de un club de fútbol de la Ciudad de Buenos Aires con miras a la realización de una tesis de doctorado sobre la formación de futbolistas juveniles en Argentina. Uno de los ejes de dicha indagación consistió en recuperar, a partir de entrevistas con los aspirantes, cómo fueron los inicios en la práctica, los procesos a través de los cuales adquirieron el gusto por este deporte y los factores sobre los cuales se sostiene a lo largo del tiempo la aspiración de convertirse en profesional.

En este artículo me propongo abordar una de las dimensiones de esos inicios, aquella que se vincula con el ingreso de los chicos a la primera institución formadora, la escuela de fútbol (también denominada “el baby”). El presente complementa un trabajo previo dedicado al análisis de los inicios a partir de la influencia de la estructura familiar –y específicamente la de las figuras masculinas (Czesli, 2017).

En ambos trabajos aparece como subtexto un denominador común: el diálogo con aquellas miradas que proponen que la carrera de los futbolistas es objeto de la voluntad ajena a los agentes, en algunos casos por la influencia de sus familiares y en otros por la industria del espectáculo deportivo que piensa la carrera en términos de producción de futbolistas (Zambaglione y Rivera, 2019, p. 213). Así, en este artículo me propongo describir cómo la trama de relaciones que se desarrolla en el baby fútbol “etiqueta” a los niños en posiciones de prestigio dentro del espacio del club, y cómo a partir de ese etiquetado y de escenas placenteras se desarrollan un vínculo afectivo con el fútbol que se constituye en uno de los factores sobre los cuales los aspirantes sostienen sus carreras, incluso en edades de futbolista juvenil.

Si bien el trabajo integral se sostuvo sobre el método etnográfico, los datos utilizados en este artículo provienen centralmente de 14 entrevistas semiestructuradas, realizadas a juveniles de la categoría 2002, una entrevista colectiva a cuatro futbolistas y cuatro entrevistas a padres de jugadores. Aunque el número de entrevistados alcanza aproximadamente al 30 por ciento del plantel, la muestra es no probabilística ya que debido a que los jugadores no podían ausentarse de los entrenamientos y que una vez

concluido debían ir al colegio, se fue trabajando con aquellos que por lesiones u otros motivos no podían entrenar.

Esas entrevistas fueron transcritas y codificadas con Atlas.Ti. A partir de los conjuntos de códigos se observaron los testimonios y se buscaron recurrencias y regularidades, y finalmente se pasó a la escritura. Si bien no se trabajó de manera sistemática, también se observaron –de manera consensuada– las redes sociales de los juveniles, lo que permitió indagar en los modos en que presentan públicamente sus carreras deportivas.

Haber partido de testimonios, buscar regularidades y a partir de ellas teorizar se apoya en términos metodológicos sobre la teoría fundamentada, que entre sus lineamientos incluye aproximarse al campo sin una idea preconcebida de lo que sucede sino intentar derivar el análisis teórico a partir de los datos que surgen de la investigación misma, conceptualizar a las personas como actores que adoptan roles activos y a partir de intenciones, y que estas intenciones se definen y redefinen en la interacción, entre otras (Strauss y Corbin, 1998).

El trabajo se llevó a cabo en un club de fútbol con más de cien años de historia, un club clásico del ascenso argentino que al momento del relevamiento competía en Primera C y que en 2023 logró el ascenso a la categoría B Metropolitana, la tercera del fútbol argentino. Por su ubicación geográfica en el norte de la Ciudad de Buenos Aires tiende a reclutar juveniles de la ciudad de Buenos Aires y del corredor norte del conurbano bonaerense, y por su estructura económica los juveniles debían pagar una cuota mensual por entrenar y sostener su aspiración, equivalente en promedio a la de un gimnasio tradicional.

|3|

Un espacio de juego y de selección

- *¿Qué te acordás del club San Martín?*

- Que para mí fue lo mejor que me pudo pasar. El baby no se cambia por nada.

- *¿Por qué?*

- Porque es la primera vez que jugás a algo, y sentís como que solo servís para eso. Bah, yo siento eso, que en cancha chica siempre me gustó jugar.

- *¿Qué significa que solo servís para eso?*

- No sé, siempre me dijeron lo mismo: como me elogiaron mucho, yo siempre dije “la cancha chica es lo mío”. Siempre pensé eso, desde chiquito. Siempre me fue bien, por suerte.

(Joni¹, categoría 2002)

¹ Todos los nombres utilizados en el artículo son ficticios.

Uno de los primeros hitos en la carrera de los futbolistas es el ingreso a las escuelitas de fútbol y la etapa que se extiende hasta los doce años, cuando, como indican los jugadores, “se retiran”. El baby es un espacio que vincula a los niños con cuatro actores: sus compañeros de equipo, con los que integra un grupo para competir como conjunto pero que también funcionan como medida del propio juego; la familia propia, que acompaña y presencia las prácticas desde la tribuna; las familias de los compañeros, y los entrenadores del club. Estos cuatro actores constituyen, como iremos viendo, un “micromundo del club” (el concepto es propio), que es fuente de imágenes afectivas sobre las cuales se sostiene el apego de los chicos al fútbol y que, a algunos de ellos, los impulsa a aspirar a ser profesionales.

En términos deportivos, al baby se hace referencia en términos lúdicos, de cierta inocencia incluso –sobre todo en lo relativo a los primeros años– y es asociado con el aprendizaje de la técnica individual (“Ahí en el baby tenés que parar la pelota con la suela, levantar la cabeza, jugar, mantenerte en tu posición, te enseñan todas esas cosas que vos de chico no sabés”, contó Matías). Sin embargo, se trata también del primer espacio de selección, una etapa en la que los jugadores conocen si tienen o no talento, si tienen o no “condiciones” para aspirar a ser profesionales.

|4|

Santino, por ejemplo, recuerda que un entrenador “había ido a buscarlo” hasta la puerta de su casa para que se sumara a jugar en Villa Carupá, y que durante dos años lo llevó y trajo desde su casa al club para que pudiera ir a jugar. Una de las imágenes que rememora es cuando ese técnico durante un entrenamiento lo llamó aparte, le dijo que tenía “rasgos como para quedar” y le dio una charla sobre lo que tenía que hacer si quería dedicarse al fútbol

- ¿Cómo fue esa charla?

- Me sacó a un costado, por el tema del otro entrenador que me dejaba de suplente [la dupla de entrenadores estaba enemistada y tenían distintos criterios sobre los jugadores], y me dijo que cuando entraba a la cancha lo que yo hacía le gustaba. Y veía la actitud y las ganas que le ponía. Y me dijo que con esas ganas y la actitud que tenía yo, que podía, que me vaya a probar. Además, que tenía buen pie. Me dijo que tenía que empezar a probarme, que después se me iba a complicar si no lo hacía.

(Santino, categoría 2002)

Otro jugador, Matías, destaca que el baby “le abrió la puerta” a jugar en cancha de once, ya que apenas comenzó le vieron condiciones para jugar en infantiles y “lo llamaron” de San Lorenzo, Huracán y Argentinos Juniors para sus categorías infantiles.

Javier y Bruno también fueron convocados para jugar en cancha de Once, el primero a los 7 años, el segundo a los 8. A Javier lo encontró un visionador que fue a ver el clásico del baby local entre San José y Villa Magdalena, habló con la abuela “y me llevaron a Huracán”. Para poder cumplir con los dos clubes entrenaba tres veces por semana en Huracán, y martes y jueves en San José, el club de baby, de modo que jugaba los 5 días de la semana. Lo pasaba a buscar una combi y junto con la abuela iban y

volvían del predio del club. Al colegio iba a la mañana, volvía, almorzaba rápido y a las 3 o 4 de la tarde –no recuerda bien– ya estaba en el club. Es decir que la selección y detección de un futbolista implica al mismo tiempo que toda la familia se movilice: se acompaña el placer del chico, que en general quiere seguir jugando y empieza a soñar con ser profesional.

En el caso de Bruno, oriundo de zona norte e hincha de Tigre, equipo que competía en Primera División, a los seis años entró en una escuelita de baby de ese mismo club, al poco tiempo comenzó a destacarse, salieron campeones de la Liga de San Isidro y sucedieron dos cosas: lo llamaron de una radio a dar una entrevista y el coordinador de las infantiles del club le propuso comenzar a practicar en cancha de once.

- Creo que era uno de los mejorcitos. Fui el único al que llamaron para jugar en cancha de once. (...) [Normalmente] cuando terminás la última [categoría de baby] te dan la posibilidad, si querés, de ir a cancha de 11. Al terminar de jugar ahí ya tenés la prueba asegurada (...) [pero] a mí me habían llamado, me faltaban cuatro años. (...) A mí me llamaron a los ocho, siete años.

|5|

- *Entonces vos entraste en Tigre a los seis años, y dos años después el coordinador de inferiores dijo si querías ir a once.*

- Sí. Y ahí ya todos me conocían porque, no es por agrandarme pero... era uno de los mejores jugando.

(Bruno, categoría 2002)

La entrevista en radio, a la que fue con dos compañeros más del equipo campeón, se torna relevante porque significa al menos tres aspectos para el jugador: en primer lugar, que experimentó que a través del fútbol puede conocer espacios a los que de otra manera no tenía acceso; segundo, es una situación que reproduce las entrevistas que se les realizan a los futbolistas profesionales luego de un partido o de un campeonato, y así le anticipa lo que podría vivir a futuro en su carrera. En tercer término, la entrevista en radio es signo de distinción, ya que sólo un número reducido de jugadores – probablemente seleccionados– fueron convocados. Implica así la idea de que como jugador era excepcional, la posibilidad de marcar una diferencia a través del fútbol, salir del anonimato y comenzar a “ser alguien”.

Los testimonios precedentes muestran la recurrencia de algunas categorías a través de las que los juveniles observan sus pasados. No sólo aprenden los rudimentos técnicos sino que, a través de una serie de selecciones, aprobaciones y confirmaciones conocen quiénes tienen condiciones para aspirar a ser profesionales. En tercer término, comienzan a incorporar las reglas del juego –es decir, de los capitales que la carrera deportiva exige para que puedan desarrollarse (Bourdieu, 2014, p. 38)– y establecen un vínculo con los entrenadores, con quienes se va constituyendo una relación de reciprocidad (Mauss, 1971).

Los chicos también aprenden que en esa relación con los entrenadores ocupan una posición subalterna, ya que el vínculo se sostiene a partir de un diálogo asimétrico:

adulto formador hacia aspirante en formación y adulto que selecciona y “da la oportunidad” hacia aspirante que desea ser seleccionado. Este diálogo se materializa en consejos e indicaciones para que mejoren y en el aprendizaje de que adoptan una obligación, la de reciprocidad en entrega deportiva y agradecimiento a quienes los formaron. Al mismo tiempo, incorporan que para poder crecer en sus carreras deben lograr la mirada aprobatoria de los adultos.

Esta relación con los entrenadores es percibida como una forma de cariño, de consideración, porque existe la concepción de que “si te habla es porque le importás”. Y la relevancia de que un entrenador “te hable” –aunque eso implique una fuerte reprimenda– se mantiene a lo largo de toda la carrera, en frases como “preocupate cuando un entrenador no te hable [aún más que si se enoja con vos] porque ahí significa que ya no te tiene en cuenta”.

Debido a que también son quienes definen entre titulares y suplentes, distinguen quiénes tienen potencial, recomiendan a los talentosos que continúen sus carreras, posibilitan el pasaje a cancha de once en infantiles o generan contactos para que el jugador pueda crecer, muchos técnicos o ayudantes se incorporan a la red que permite que los jugadores vayan creciendo. A esta red, el investigador brasileño Enrico Spaggiari denominó “familia deportiva”:

Son las relaciones familiares las que orquestan la conectividad de las dinámicas relacionales de los proyectos futbolísticos, lo que ocurre por medio de apoyos e inversiones que trascienden la condición única de proveer ayuda y seguridad en momentos de necesidad. (...) Las inversiones sentimentales contribuyen a los objetivos materiales, en tanto los financieros y temporales promueven afectividades (...) El involucramiento de entrenadores, dirigentes y agentes de fútbol, también inmersos en conjuntos de relaciones atravesadas por afectividades e intereses, revela que los compromisos y reciprocidades no sólo se restringen al ámbito familiar (...) La familia deportiva es un constructo más vasto que el de familia, articulado por relaciones que adquieren nuevos significados dentro del sistema futbolístico. Tiene como base la producción de relacionalidad [relatedness]... (Spaggiari, 2015, p. 391 y 392, traducción propia).

Ser observados, elegidos y convocados para jugar en cancha de once, ser aconsejados y seleccionados, constituyen algunos de los hitos que les dan la pauta de que tienen posibilidades de aspirar a ser profesionales. Una huella de este proceso se encuentra en los modos en que hacen referencia a esos cambios en su carrera: en los últimos párrafos resalté con comillas algunas –me ffrasesuaron a buscar, me llamaron, me llevaron– que son recurrentes entre los futbolistas porque expresan el talento², la importancia de que

² Si bien no es eje de este artículo establecer una posición respecto del talento, existen dos posturas en torno de la teoría *bourdeana*, que se podría resumir en la frase “Lo que se vive como un don es producto de una historia” (Bourdieu, 2014, p. 32). En la misma línea, su discípulo y colega Loïc Wacquant escribió sobre los boxeadores del gueto de Chicago que “El mito del don del boxeador es una ilusión fundada en la realidad: lo que los boxeadores toman por una cualidad de la naturaleza (...) es efectivamente resultado

una figura adulta vea en ellos su valor como futbolistas y se encargue de incorporarlos a la carrera.

Si bien existen casos de jugadores que inician sus caminos en juveniles sin haber pasado por infantiles, en los relatos es recurrente que este momento en el que son seleccionados, en el que se empieza a observar sus condiciones y su potencial para el fútbol, comiencen a sentir orgullo por jugar bien y a ser ubicados en una posición de prestigio, de honra, dentro del “micromundo del club”. Creo que este proceso es central para la adopción del gusto por la práctica futbolística y, sobre todo, para aspirar a convertirse en futbolista profesional. En el próximo apartado desarrollaré con mayor detalle los vínculos que se establecen en el club cuando un jugador es seleccionado.

El desarrollo de una relación afectiva

Como se mencionó previamente, desde el baby los jugadores tienen indicios de sus cualidades deportivas y ese proceso se lleva a cabo en un contexto de grupos de chicos que forman equipo, compiten a lo largo de años y hacen amigos. En ese contexto, las familias –que se organizaron para darle continuidad a la práctica– también se vinculan y forman pequeños grupos comunitarios. Observo que de esas relaciones surge un contexto que contribuye con las dos configuraciones mencionadas previamente y que quisiera profundizar en este apartado: con la constitución del fútbol como placentero, y con el establecimiento de los jugadores en posiciones honradas.

En la definición clásica de Julian Pitt Rivers, el honor

(...) proporciona un nexo entre los ideales de una sociedad y la reproducción de esos mismos ideales en el individuo, por la aspiración de este a personificarlos. En tal sentido, implica no sólo una preferencia habitual por un determinado modo de conducta, sino la adquisición del derecho a cierto tratamiento como recompensa (Pitt Rivers, 1968, p. 22).

O, como propone Verónica Moreira, aquellas personas con honor tienen la capacidad de encarnar los ideales de la sociedad en el marco de un tiempo y espacio social determinados. A partir de ahí, añade, el dominio del honor establece un mecanismo de

del largo proceso de inculcación del hábito pugilístico, proceso que a menudo comienza en la primera infancia, sea en el seno del gym (...) o incluso en esa antecámara de la sala de boxeo que es la calle del gueto” (Wacquant, 2006, p. 98). En respuesta, el antropólogo brasileño Arlei Sander Damo sostiene que la mirada de Wacquant reduce el don al habitus, y que de esta manera deja de lado un elemento residual, intangible de las performances excepcionales, que sí se conserva en la categoría “don”, y que posibilita su manipulación: “el don sólo existe cuando hay un público que lo reconoce como tal (...) Una vez perfeccionado y reconocido por el público, el don entra en circulación suscitando una cadena de intercambios que implican su reconversión incesante en forma de dinero, afecto, intereses individuales o colectivos”, afirma (Damo, 2007, p. 194).

aprobaciones y reprobaciones en el que los individuos intentan alcanzar un valor social establecido (Moreira, 2005, p. 82).

Julien Bertrand (2012) observa para el caso francés que muchas veces los mismos compañeros de equipo son compañeros de colegio, y que por ello estos primeros años resultan en una experiencia colectiva indisoluble de la práctica. Si bien en mi etnografía no apareció este paralelismo entre escolaridad y “escuelita de fútbol”, sí es recurrente escuchar que muchos de ellos pasan muchas horas todos los días de la semana jugando o “entrenando” en una o más escuelitas. Por ejemplo, Damián recuerda que los domingos que jugaban de local los padres estaban todo el día en el club, y que ellos también se quedaban todo el día jugando. Que se iban a la casa de uno de los chicos, que enfrente tenía una cancha, y seguían jugando. Para la fiesta de fin de año, los padres hicieron una rifa y vendieron comidas, y con lo que recaudaron les regalaban una tablet a cada uno. Conserva un recuerdo especial de las entregas de trofeos de fin de año:

- Íbamos ahí, era casi antes de Navidad, ponele, y nos cagábamos de risa porque íbamos a jugar a la pelota, estábamos toda la noche jugando, corriendo. Y después nos entregaban los trofeos, nos aplaudía toda la gente, y nos despedíamos, porque era el último año.

|8|

- ¿Vos estabas esperando ese momento?

- Siempre, todos los años, porque la entrega de trofeos era re linda, nos juntábamos todos los chicos, y nos hacíamos amigos de otros chicos.

(Damián, categoría 2002)

Es esta estructura familiar la que posibilita sostener una rutina que en ocasiones involucra dos o más clubes, con entrenamientos en distintos horarios, los cinco días de la semana. En ese punto aparecen con centralidad las madres y los abuelos –más algunas asociaciones entre familias– que en diversos relatos aparecen como quienes llevaban, esperaban y traían de retorno a los jugadores de los clubes, y quienes son asociados a los esfuerzos de adaptarse a los horarios de los jugadores.

La rutina de Matías consistía en ir al colegio a la mañana y salir corriendo para llegar a San Lorenzo a horario, donde entrenaba en cancha de once (“y mi vieja corriendo conmigo siempre”, añadió). Luego se turnaban entre los padres de los tres jugadores de Estrada, el club de baby del que habían sido seleccionados, para llevarlos o para buscarlos, y si había tiempo merendaban juntos antes de ir al club. Los sábados jugaban con Estrada y los domingos en San Lorenzo.

A San Lorenzo me acompañaba mi vieja con mi hermanita más chiquita, y mi hermana más grande se quedaba con mi abuela, o se quedaba sola a veces. Y después a Estrada entre semana me dejaban y me iban a buscar después, o iba con el papá este de San Lorenzo. Después, a los partidos, mi viejo.

(Matías, categoría 2002)

Si hasta ahora habíamos mencionado que la construcción del vínculo con el fútbol sobre el placer, la detección del talento, la selección del jugador y el surgimiento de una posición honrada, lo que aquí encuentro es un nuevo elemento a mencionar: a partir de ese grupo de familias que los acompañan y socializan más allá de los entrenamientos, que comparten rutinas, tardes y asados, y donde los jugadores se hacen amigos que perduran en el tiempo, se produce el desarrollo de una experiencia afectiva y colectiva en el espacio del baby, y que contribuye con que toda esa etapa de juego se sostenga sobre el placer y la pertenencia al club.

Hablar de afecto, presentar a qué me refiero al utilizar la categoría, implica hacer una breve referencia a los estudios encuadrados en el movimiento teórico denominado “giro afectivo”, que surgieron como una reacción a la primacía del discurso y el campo representacional en el análisis de las ciencias sociales. Una parte de estos trabajos se pregunta por la posibilidad de interpretar las relaciones sociales a partir de las emociones, sentimientos y afectos que atraviesan a los actores en sus eventos y encuentros efectivos (Rosaldo, 1980; Leavitt, 1996; Briggs, 2018). Leonor Arfuch describe la noción de afecto que surge de esta perspectiva como:

...pre-subjetivo, visceral, corpóreo: fuerzas e intensidades que influyen en nuestros pensamientos y juicios pero separados de ellos. Afecto como diferente de la cognición -que sólo sobrevendría *después*, en un escaso margen temporal y que se expresa por ejemplo, según el clásico paradigma de Tomkins-Ekman, en 6 o 9 afectos básicos y biológicos (Arfuch, 2018, p. 22).

Algunas de sus vertientes proponen la posibilidad de que no todas las experiencias emocionales sean mediadas por la cultura sino que haya experiencias corporales “previas” a la simbolización, y que los individuos se conduzcan a partir de sensaciones corporales, intuiciones o disposiciones. En este caso, no es esa la perspectiva que adopto. No porque no considere la influencia de los aspectos emocionales o corporales o relacionales sobre las conductas o los modos de comprender el mundo que nos rodea, sino porque a lo largo de mi indagación he trabajado centralmente con representaciones orales sobre esas prácticas, de modo que mi acceso a esas emociones nunca dejó de ser indicial, siempre mediadas por lo discursivo.

Pero sí me resultan provechosas dos concepciones que surgen de esta corriente, porque observo que contribuyen a interpretar algunos de los factores sobre los cuales se sostienen las aspiraciones de los juveniles: la cualidad del cuerpo –a partir de Spinoza– de “afectar y ser afectado” (Sirimarco y Spivak L’Hoste, 2018), y la noción de “emoción adherida” de Sara Ahmed (2015), que puede encontrar una proximidad en la de “etiquetado”, de Howard Becker (2009). Sobre estas quisiera ubicar el horizonte en las páginas restantes.

Decía párrafos atrás que al aprendizaje de los rudimentos técnicos, de las reglas del juego y un primer contacto con la noción de talento, el baby posibilita el establecimiento de un vínculo con el fútbol lúdico y placentero. Propuse asimismo que ese placer no sólo surge de la práctica física sino del surgimiento de una posición honrada, prestigiosa dentro del micromundo del club, y que a partir de las amistades que

allí se desarrollan y de las familias que socializan, se produce el desarrollo de una experiencia afectiva y colectiva.

El establecimiento de un vínculo placentero es central para el desarrollo de una relación duradera con el deporte. Estudios como los de Moraes, Rabelo y Salmela (2004) o Da Costa *et al* (2011), encontraron al analizar las fuentes de placer y displacer en la formación deportiva que los lazos de amistad son centrales en la iniciación de las carreras, mientras que las presiones excesivas por parte de los padres y el “feedback” negativo de parte de los entrenadores son factores que debilitan la iniciación.

Es de esta etapa, claramente, donde surgen las imágenes de “sacrificio” que luego se tornan en obligaciones: los esfuerzos que realizan sus familias en esta época, que implican la adaptación del grupo para que el chico pueda “cumplir su sueño”, se convierten años después en la obligación de reciprocitar y que hacen que los jugadores no sólo jueguen por sí, por sus aspiraciones y fantasías materiales y deportivas, sino también para devolverles a sus familiares “lo que hicieron por ellos”. La carrera deportiva se sostiene, así, sobre dos reciprocidades: aquella que los vincula con sus familias, y la que los relaciona con sus entrenadores, como vimos previamente.

[10]

Pero no se trata sólo de compartir un espacio de socialización a través del fútbol, sino que en ese entorno familiar e interfamiliar donde los chicos comparten uno o más equipos y desarrollan juntos sus carreras, se comentan los partidos, los resultados y se constituye –como veníamos proponiendo– una suerte de micromundo en el que también se habla de aquellos que se destacan en términos de “promesa”, de “crack”, de que tienen potencial. Se produce una popularidad local que habilita la fantasía y mediante la cual van adquiriendo la sensación de que son excepcionales (Majul, 2017). Damián, por ejemplo, expresó que

Quando jugaba en María Isabel ya los últimos años, que tenía 10 o 12 años, me acuerdo que venían chicos más chicos, de seis años, me acuerdo que venía uno que me decía ‘che, mi papá dice que sos re bueno’.

(Damián, categoría 2002)

A partir de este recorrido quisiera proponer que la posición honrada es también emocional y afectiva, y que en el baby los jugadores establecen una relación con el fútbol que luego se sostiene e influye a lo largo del tiempo. Apelo a la categoría “emocional” inspirado en la propuesta de Sara Ahmed, que lo asocia a “impresión”, a experiencia adherida al cuerpo, y su dimensión afectiva surge de la capacidad de estas emociones de afectar a los chicos, de moverlos hacia la búsqueda del profesionalismo³.

³ El trabajo de Ahmed opera a partir de textos y de acontecimientos públicos como los discursos de odio proferidos por las extremas derechas, el sentimiento de repugnancia en los atentados de las Torres Gemelas o la vergüenza como política pública de reconciliación en Australia para preguntarse de qué maneras las emociones colectivas forman parte de procesos políticos. Desde su punto de vista, las emociones se acumulan a lo largo del tiempo y, en línea marxista, adquieren valor a partir de la borradura de sus procesos de producción. “En otras palabras -sostiene Ahmed- los ‘sentimientos’ se vuelven ‘fetiches’, cualidades que parecen residir en los objetos...” (Ahmed, 2015, p. 37).

Por eso, quisiera proponer que estas emociones adheridas poseen también un carácter performativo, entendiendo el concepto en tanto capacidad generadora, como motor de trayectorias, como potencia “para crear realidades y construir mundos y no meramente ‘representarlos’” (Arfuch, 2018, p. 60).

En la propuesta de Ahmed, lejos de ser esenciales, las emociones toman forma a partir de contactos específicos con objetos o cuerpos, lo que nos ubica de lleno en las relaciones interpersonales a las que nos venimos refiriendo. La pregunta sobre si las emociones son subjetivas o sociales la resuelve al sostener que se moldean en el contacto mismo, en la interacción, donde también toman forma los mismos cuerpos que interactúan (“El sujeto’ es simplemente un punto nodal en la economía [afectiva], más que su origen y destino” [Ahmed, 2015, 82]). Esto es interesante porque si bien observo recurrencias en la relación de los jóvenes con las aspiraciones a futbolistas, cada historia es al mismo tiempo particular en función de las experiencias específicas que cada chico fue atravesando.

En ese contexto, la autora propone dos nociones que resultan interesantes para mi trabajo: la idea de “superficies pegajosas” y de que las emociones son performativas. Ambas me interesan en tanto disparadores, ya que en ninguno de los dos casos tomaré sus conceptos de la misma manera que la autora los utiliza.

[11]

Para Ahmed las emociones adquieren valor en tanto circulan y es su repetición lo que posibilita que sean eficaces, que “tiendan a pegar”: al trabajar sobre el odio observa que palabras como “nigger” o “paki” poseen un sentido discriminatorio porque existe una historia de haber sido utilizados de esa manera. En este sentido, en el momento en que son proferidos interpelan al individuo porque lo introducen en dicha historia (aunque esto no significa que el sentido se agote en el pasado sino que se actualiza permanentemente). De forma similar, considero que el recorrido trazado hasta aquí permite observar que las carreras de los jugadores se relacionan, se inscriben en las historias y emociones pasadas que circulan en sus grupos sociales, como los intentos de sus padres por alcanzar el profesionalismo (Czesli, 2017).

La concepción de “pegajoso” de Ahmed hace referencia a las superficies donde un sentido “se aferra como sanguijuela”, a cuerpos donde las emociones quedan estáticas y no circulan. Algo similar propone Becker (2009), cuando sostiene que “es desviado quien ha sido exitosamente etiquetado como tal” (p. 28). Si bien, como Ahmed, este autor trabaja sobre una población discriminada (los fumadores de marihuana), su modelo secuencial de la desviación muestra que uno de los momentos cruciales de la trayectoria del fumado –y que se aplica también a los jóvenes futbolistas– consiste en el haber sido identificado y experimentar las reacciones de las demás personas a partir de su etiquetado porque genera un cambio en su identidad pública (*Ídem*, p. 51).

A partir de estos conceptos, pero con otra perspectiva, lo que quisiera proponer es que el sentimiento de orgullo y honor por ser “promesa futbolística”, “ser bueno” o “ser crack” se adhiere, se imprime en aquellos jugadores que van superando los hitos previamente mencionados. Con dos diferencias respecto de las posiciones de Ahmed y de Becker: si para Ahmed estas impresiones son viscosas, yo propongo que en los futbolistas

contingentes ya que deben renovarse en cada citación de fin de semana, en el rendimiento de cada partido y en cada selección a fin de año. Lo mismo sucede en Howard Becker, quien sostuvo que el etiquetado involucra “un rasgo clave distintivo”, como por ejemplo el haber pasado por la cárcel por cometer un delito. Este rasgo clave no opera entre los futbolistas, cuyas etiquetas son siempre contingentes. Así, si para Becker el etiquetado como desviado genera una profecía autocumplida (porque una vez etiquetada las personas tienden a percibir en la persona afectada todos los rasgos de la etiqueta y a ser aislada de actividades convencionales [*Ídem*, p. 53]) los futbolistas precisan trabajar permanentemente para confirmar aquello que alguna vez sucedió.

Por este motivo, los jugadores de juveniles están permanentemente pendientes de si integran el equipo titular, el segundo o el tercer equipo, no sólo porque ahí se expresan sus posiciones como futbolistas sino porque también genera que, cuando no son citados, deban volver a la casa y contarles a sus padres que no están cumpliendo con la imagen construida (y en ocasiones mentir sobre los motivos por los cuales no fueron citados). Es el caso de Bruno, por ejemplo, que tiene plena conciencia de no haber podido darle continuidad al proyecto deportivo que alguna vez fue, y condensa en la frase “ya de grande no jugaba tanto” que le dejó un sinsabor que aún lo afecta.

[12]

- ¿A qué te referís?

Como que bajé el nivel. De chiquito todos decían “cuidado con Bruno”, era muy crack. Y después fui bajando un poco, y como que ya no jugaba lo de antes.

(Bruno, categoría 2002)

La sensación del “haber sido” y la promesa del “haber podido ser” que no se materializó, la percepción de ya no superar rivales como otrora o de que la gente ya no pensara en él como un “crack” le habían quitado confianza, al punto de que no se había animado a volver a probarse en Tigre porque no sentía que estuviera en el nivel necesario.

Aún si el orgullo de ser “crack” es contingente porque debe ser probado año tras año, y aún si no “se apega” al modo de Ahmed o de Becker, considero que de todos modos es performativo ya que en tanto sea una emoción adherida se convierte en uno de los motores para el desarrollo de los jugadores y para el apego a la carrera deportiva.

Conclusiones

En la introducción del artículo comentaba que uno de los ejes de interés al trabajar sobre las carreras de los futbolistas consistió en indagar en los factores que contribuyen a que los juveniles sostengan su práctica en el tiempo, incluso frente a las adversidades de la carrera deportiva. Asimismo mencionaba que uno de mis ejes de diálogo conceptual se ubica en relación con miradas que analizan la formación de futbolistas como un proceso de mercantilización de jugadores, en el que la agencia de los individuos se vería enajenada por los clubes y las familias.

A lo largo del trabajo he presentado las relaciones sociales que se establecen en la primera infancia y su influencia sobre la formación de fantasías y la construcción de la aspiración de convertirse en futbolista profesional. Mostré que, apenas se visualiza el talento en el jugador, se inicia una selección que deriva en el pasaje a una práctica más competitiva. La familia debe ordenarse alrededor del jugador y el contexto del club, ese “micromundo” de relaciones familiares, avala, promueve y alienta a los chicos que se destacan a que continúen jugando.

Mi propuesta es que a partir de esos tres grupos de relaciones –entrenadores, familia, club– la iniciación a la práctica entraña placeres físicos, deportivos y sociales, y que es un espacio donde se ubica a algunos de los jugadores en posiciones honradas, que son también generadoras de placeres. Sugerí así que en esos primeros años se produce una relación afectiva con el fútbol, y que el “etiquetado” de los chicos como “promesas” o como “cracks” cumple un rol central en la constitución y desarrollo de las aspiraciones, ya que incluso en edades de futbolista juvenil continúan dialogando con las imágenes y las posiciones que surgieron de esa primera etapa. Por estos motivos, indiqué que este vínculo afectivo posee carácter performativo y contingente.

|13|

Para cerrar, considero que son estos algunos de los motivos por los cuales los jugadores no experimentan el proceso como una constricción desapegada de sus deseos, donde son ellos los protagonistas de su desarrollo. Esto no significa que los jugadores se encuentren ajenos a las relaciones de poder, ni que los clubes tengan como objetivo la generación de jugadores en condiciones de ser transferidos a cambio de montos económicos. Pero sí que podríamos pensar que, aún estando atravesados por esas relaciones de poder, los jugadores eligen darles continuidad a sus carreras y esta elección puede no estar sostenida exclusivamente por la aspiración de movilidad social y económica.

Referencias bibliográficas

- Ahmed, S. (2015). *La política cultural de las emociones*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Arfuch, L. (2018). *La vida narrada. Memoria, subjetividad y política*. Eduvim.
- Becker, H. (2009). *Outsiders. Hacia una sociología de la desviación*. Siglo XXI.
- Bertrand, J. (2012). *La fabrique des footballeurs*. Corps Santé.
- Bourdieu, P. (2014). Cuestiones sobre el arte a partir de una escuela de arte cuestionada. En *El sentido social del gusto. Elementos para una sociología de la cultura* (29-42). Siglo XXI.
- Briggs, J. L. (2018). Las emociones tienen muchas caras. Lecciones Inuit. *Etnografías Contemporáneas*, 4(7).
- Czesli, F. (2017). *Formas de influencia familiar en el desarrollo de los futbolistas de fuerzas básicas*. CLACSO-CONACYT.
- Da Costa, V.; Ferreira, R.; Macedo Penna, E.; Teoldo da Costa, I.; Silva Paiva, T. N. Samulski, D. M. (2011). Fases de transição da carreira esportiva: Perspectiva de ex-atletas profissionais do futebol Brasileiro. *Conexões*, 8 (3) DOI: 10.20396/conex.v8i3.8637729

- Damo, A. (2007). *Do dom à profissão. A formação de futebolistas no Brasil e na França*. Aderaldo & Rothschild Editores.
- Leavitt, J. (1996). Significado y sentimiento en la antropología de las emociones. *American Ethnologist*, 23 (3).
- Majul, D. (2017). *Fútbol encarnado: una aproximación etnográfica a las experiencias, subjetividades y posibilidades de agencia de jóvenes jugadores de fútbol del club Instituto de la ciudad de Córdoba*. Ponencia ante el XXXI Congreso ALAS. Montevideo.
- Mauss, M. (1971 [1923]). Ensayo sobre los dones: razón y forma del cambio en las sociedades primitivas. En *Sociología y Antropología* (155-268). Editorial Tecnos.
- Moraes, L.; Rabelo, A. y Salmela, J. (2004). Papel dos pais no desenvolvimento de jovens futebolistas. *Psicologia: Reflexao e Critica*, 17 (2).
- Moreira, M. (2005). Trofeos de guerra y hombres de honor. En P. Alabarces (Comp), *Hinchadas* (75-90). Prometeo.
- Pitt Rivers, J. (1968). Honor y categoría social. En J. G. Peristiany, *El concepto de honor en la sociedad mediterránea* (21-74). Nueva Colección Labor.
- Rosaldo, M. (1980). *Knowledge and passion: Ilongot notions of self and social life*. Cambridge University Press. (Traducción de Mariana Sirimarco).
- Sirimarco, M. y Spivak L'Hoste, A. (2018). Introducción: la emoción como herramienta analítica en la investigación antropológica. *Etnografías Contemporáneas*, 4 (7).
- Spaggiari, E. (2015). *Família joga bola. Constituição de jovens futebolistas na várzea paulistana* (Tese Doutor). Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Sociais da Universidade de São Paulo.
- Strauss, A. y Corbin, J. (1998). *Bases de la investigación cualitativa. Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Wacquant, L. (2006). *Entre las cuerdas: cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Siglo XXI.
- Zambaglione, D. y Rivera, L. (2019). Fútbol infantil, el deseo de producir nuevos Messi. En J. P. Zebadua Carbonell y S. Echeverry (Comp), *Fútbol y globalización. Medios, mercados e inclusiones* (207-220). Universidad Autónoma de Chiapas.